PALABRAS APERTURA A CONFERENCIA DE EMETERIO GÓMEZ

JUAN CARLOS ESCOTET

01 de febrero de 2008

¿Cómo es posible, se preguntarán muchos de ustedes, que en el ámbito de una empresa, en el actual estado del mundo y del país, un pensador, una destacada figura de la filosofía, la economía, la docencia, el periodismo y el debate de las ideas, un intelectual como Emeterio Gómez encuentre auditorio para compartir una reflexión que, entre muchas otras cosas se adentra en los terrenos de lo sagrado y lo ético, para preguntarse sobre el papel que estas dos dimensiones tienen en nuestros tiempos?

Me corresponde esta tarde la honrosa tarea de dar la bienvenida a Emeterio Gómez y a cada uno de ustedes, gentiles y ávidos ciudadanos, personas inconformes y dispuestas a interrogarse por los tiempos que nos ha tocado vivir, y que entienden que la pregunta por la responsabilidad, no sólo no ha perdido vigencia tal como muchos aventuraron hace un par de décadas, sino que su sonido tiene cada día un mayor alcance, una mayor intensidad.

El malestar que signa el desenvolvimiento del mundo en las últimas décadas, no ocurre en vano. Se expresa no sólo en las formas que desgarran y enturbian la convivencia, en esa especie de gran nubarrón que experimentamos cada vez levantamos nuestra frente hacia el horizonte. Nadie sensible vive fuera del perímetro de la angustia planetaria, nadie que esté plantado en la realidad permanece fronteras afuera de la experiencia sufriente de la humanidad.

Pero ese malestar, y ésta sigue siendo la noticia de la civilización, se expresa también en la mirada penetrante, en el interés que regresa vivaz, en la intensa vocación que se despierta en muchas personas por una serie de asuntos, todos ellos entrelazados y vitales, y que se refieren al sentido de los esfuerzos humanos y al modo en que ellos se constituyen como un acto o declaración de responsabilidad ante los demás.

Quizás no podía ser de otra manera, pero está ocurriendo que justo en el tiempo donde el individualismo craso y el egoísmo más pertinaz campean con su rostro endurecido, coincide con el tiempo en que reaparecen, como dotadas de una nueva energía, las preguntas del deber, las inquietantes e irrenunciables interrogantes de la responsabilidad, en todos los terrenos donde eso es posible.

No hay persona, sea cual sea su oficio y modo de vida; comunidad, independientemente de la afiliación o visión del mundo que tenga; agrupación, más allá del propósito que la justifica; empresa, sea cual sea su finalidad

productiva; institución, no importa cuál sea la presunción que ella guarde de sí misma; es decir, que no hay postulado, obra artística o acción humana que no esté, hoy por hoy, interrogada por el debate de la responsabilidad.

Nada en lo humano, ni siquiera el fruto del trabajo honrado y hecho con pundonor, está fuera de la dimensión ética. No hay procedimiento, mecanismo, cadena burocrática o productiva, proceso de traspaso de conocimientos o bienes de cualquier índole, que no esté bajo la pregunta decisiva de la responsabilidad ante los demás y ante el mundo que compartimos.

Si pensar la ética, si internarse en los vínculos que ella tiene con lo sagrado y también con lo terreno, bien puede resultar arriesgado pero también hondamente satisfactorio, hablar de ética, hacer pregón de la responsabilidad, puede resultar, cuando menos, comprometedor, exigente y a menudo desatar la irritación de nuestros semejantes.

Es posible que muchos de nosotros tengamos la percepción de que la ética es materia de especialistas, de filósofos y teólogos, de rabinos y profesores universitarios, de exegetas y lectores disciplinados de los libros sagrados. Cierto es que son estos los seres que con más entrega se ocupan del oficio de pensar y promover el bien para la humanidad.

Pero eso no nos exculpa, no condona el deber que tenemos para con nosotros mismos, para con quienes nos rodean y, en un sentido mayor, hacia la comunidad de la que somos parte.

Me atrevería a ensayar que nuestras vidas están llenas de pequeñas y no tan pequeñas conductas que testimonian nuestra solidaridad y compromiso para con los demás. Seguro estoy de que todos tenemos oportunidad de aportar más a la convivencia y el bienestar de los otros. Bastaría con que no temiéramos a la duda, bastaría con que pusiéramos nuestras convicciones más severas bajo la luz de ciertas interrogantes, para que nuestras almas se dispusieran mejor a la pregunta infinita de la responsabilidad, que es, la pregunta de lo humano por excelencia.

Y aquí retorno, ya para finalizar, al motivo que nos convoca hoy, el bautizo del libro Racionalidad y Religiosidad de nuestro amigo Emeterio Gómez, quien además nos obsequia con una conferencia que nos permitirá tener una primera aproximación a esta obra.

A nosotros también nos compete como ciudadanos, como sujetos de responsabilidad, tanto en el plano personal como en el institucional, hacernos actores conscientes de las visiones en juego. No somos ni podemos permanecer ajenos ni indiferentes a todo lo que ello significa. Yo me siento interrogado todos los días.

Tengo el privilegio, porque ese es un gran privilegio, de vivir cerca de muchas personas se preguntan a menudo si están haciendo lo correcto. En esta casa, hemos ido aprendiendo, según creemos, a incorporar la pregunta de lo otros a nuestras prácticas y objetivos. Por lo tanto, nos interesa mucho escuchar a un ciudadano que ha convertido estos temas en su vigente y necesario predicamento.

Respetable Emeterio Gómez, bienvenido a esta casa.

Bienvenidos también todas las personas que aceptaron la invitación a compartir un rato con asuntos esenciales para

nuestras vidas.

Demos todos la bienvenida a Emeterio Gómez.

Muchas gracias